

La bata blanca

Todavía recuerdo la descripción de su último aliento. El polvo del armario mezclado con la simple caja de cartón atesorada, había demasada pena en sus corazones para tirarlo todo. Y allí estaba yo, sin poder ser nada más, solo quedaba de mí un pasado, lo que fuí. No tuve más remedio que viajar al tiempo de ayer. Llegué a poco después de que me crearan en esa fábrica, entre máquinas y algodones, batas blancas.

Jamás olvidaré el primer olor a romero que se esparcía con esfuerzo por su figura de gran altura. Me acogió entre sus brazos una mirada mansa, escondida en el misterio de unas lentes cuadradas de color azabache. Supe que sería él. Mi dueño. San Martín de Trevejo, era un pueblo con un encanto inadvertido propio de la abandonada Extremadura. El dinero ahorrado de sus padres durante años solo dió para un pequeño local en ese pueblo. Todo el pueblo colaboró, su fascinación no era poca, nadie quería tener una farmacia ahí, todos alquilaban en las grandes ciudades. Desde que llegó, se sintieron queridos por ese "*muchachito joven*", sin que él hiciese nada.

Pasaron los meses, y su dinamismo pueril ilusionado conmocionó a todos, incluso a mí. ¡Qué suerte tenía! le trataban como a un rey. Que fácil me parecía ser farmacéutico, que cómodo. Por supuesto no tardó en encontrar esposa, ni más ni menos que la hija del alcalde, cómo no, ¡Qué fácil! ¡Qué cómodo!..

¿O no era tan cómodo ni tñ fácil? Tras unos años las cosas se estabilizaron. El gozo del pueblo seguía en cada uno, emocionados por el nacimiento de tres niños, "*los boticaricos*" los llamaban. Comencé a observar a mi dueño día tras día, y me dí cuenta. Abría a las siete pero se levantaba a las cinco de la mañana todos los días a acompañar a un hombre de vestimentas andrajosas y piel descuidada que dormía en la puerta de la Farmacia, le ofrecía una rebanada de pan caliente, soltaba en sus mugrientas manos unas pesetas, y le daba las gracias. A las seis y media, sabía que caminaba cerca por insomnio María Dolores, la viuda de San Martín, ella se desahogaba con él en su recorrido a misa, lo hacía porque todos los días se lo "encontraba", no tenía a nadie con quien hablar. A las siete en punto comenzaba su día laboral, todos los días del año, "siempre me necesitará alguien" pensaba. Parecía que le había regalado su alma a aquellas gentes. No hacía nada extraordinario. En general recetaba medicinas mientras escuchaba, todos se pasaban un buen rato hablando con él, Manuel simplemente, escuchaba.

¿Y en qué me dí cuenta? Mi tela es de textura plana, lo suficientemente gruesa para no pasar frío, para abrazar a quien la lleva. En el límite de informal para dar seguridad, ser cercana, y a la vez, formalidad. Protege de cualquier posible mancha. Pasaba el tiempo, por mis años blancos yo me desgastaba, él me cuidaba. Por sus

años serviciales Manuel comenzó a desgastarse y yo no podía hacer nada ¿Quién le cuida cuando se desgasta? Si a mí me enseñaron a ser bata, pero al hombre nadie le enseña a ser hombre. Ocultaba su cansancio bajo una sonrisa verdadera, se suponía que yo debía de cuidarle, pero él me cuidaba a mí, nos cuidaba a todos, se desgastó por ellos, por cada una de esas personas, por su familia, se desgastó en silencio.

Llegó su ahora y aquí me encuentro, formando parte de sus riquezas materiales. Porque las del alma, seguían caminando por el pueblo.